

## Accésit

**Manuel Domínguez Melero**

### ***Llamadme Antonio***

Mi madre sigue con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Tiene 97 años este enero de 2024 cuando, al salir del cine, nos sentamos a hablar al calor de una taza de té. La película que acabamos de ver ha removido sus recuerdos y han vuelto a aflorar aquellos sentimientos que parecían olvidados. Ahora me repite aquella historia remota que ya me había contado cuando yo dudaba sobre el futuro que quería para mí.



“Yo me hice maestra por lo que me impactó aquel maestro cuando llegó a nuestro pueblo”, me dijo entonces. Mi madre tiene una mente prodigiosa, recuerda aquellos años con una nitidez asombrosa.

Pero vamos a su relato desde el principio:

“En septiembre de 1934 llegó a mi pueblo un maestro catalán. Se encontró, en esa escuela vieja y destartalada, a un pequeño grupo de niños con caras asustadas y expectantes. Lo primero que hizo fue presentarse: me llamo Antoni, en mi tierra me llaman así, pero vosotros podéis llamarme Antonio; ni señor, ni don, sólo Antonio y, si me lo permitís, yo también os llamaré por vuestros nombres, nos tutearemos y será todo más sencillo. Todos nos miramos sorprendidos, jamás un maestro nos había tratado con esa cercanía, con tanta amabilidad”.

*Se ganó el descrédito público desde el primer día; a los niños, de ambos sexos, les tuteaba y hacía que ellos hicieran lo mismo, dándoles muchas confianzas, a veces se tiraba en el suelo y los niños se tumbaban alrededor.*<sup>1</sup>

Aprovecho los descansos de mi madre, que hace pausas cada poco tiempo, para contarle lo que he ido investigando sobre su maestro. El expediente de depuración que comenzó a principios de 1937 está repleto de difamaciones; había que desacreditar a los maestros para justificar su eliminación, física o profesional.

---

<sup>1</sup> Las frases en cursiva forman parte del expediente de depuración a este maestro. Son literales, solamente he corregido las innumerables faltas de ortografía.

“Yo tenía ocho años, casi recién cumplidos, y esos dos años, hasta que desapareció en julio del 36, fueron los más importantes en mi vida escolar. Cada día era una novedad, su método de enseñanza no se parecía en nada a lo que estábamos acostumbrados, nos hacía participar en todo, decía que teníamos que aprender a conocer y desarrollar nuestras propias ideas. Nos inculcó el amor a los libros, a la música, a la naturaleza, a la vida...

Antonio nos enseñó a leer, aunque ya sabíamos, nos enseñó a interpretar lo que leíamos, a pensar, a dudar, a hacernos continuas preguntas que antes no tenían respuesta. Sabía hacer excepcional lo cotidiano: un paseo por el monte era distinto si él nos acompañaba, cada árbol tenía nombre, cada pájaro, cada planta, cada insecto, cada flor. Nos educó por medio de la experiencia y del juego.

A veces yo volvía a casa repitiendo las palabras que ese día había aprendido; era como si flotaran en el aire las últimas sílabas, como ese eco que reverbera poco tiempo después de acabada la música.

Recuerdo, como si fuera hoy, el día que Lucía, la más mayor de la escuela, le preguntó: ¿hay que estar casada para tener hijos? Antonio se quedó un rato en silencio y a continuación contestó: ¿vosotros qué pensáis? Todos dijimos que sí. Es la tradición, lo que se viene haciendo durante siglos, dijo, pero no es necesario casarse para tener hijos; y, a los más mayores, nos dio una explicación sencilla apelando a la naturaleza, a los animales que habitan en ella o a los que tenemos en casa o en las granjas: perros, ovejas, vacas...”

*También se le ocurría preguntar a las niñas mayorcitas de la escuela de doce años que, si para tener hijos, hace falta casarse, y ellas, como eran unas inocentes, contestaban que sí y él, como más malicioso, contestaba que le pongan una mujer a ver si le hace falta o no.*

“Qué bonito fue el día de la magia. El maestro llegó con una caja y nos dijo que ese día nos iba a enseñar a hacer magia. Sacó unas piezas de metal, un frasco con tinta y unas hojas; con esto construiremos una pequeña imprenta y haremos nuestros propios libros, imprimiremos vuestros cuadernos con las redacciones que vayáis haciendo.

Era un hombre excepcional, lleno de bondad, siempre dispuesto a ayudar, parecía uno más entre nosotros y eso no gustaba a una parte del pueblo. Por mi padre supe que, en diciembre de 1935, un pequeño grupo de vecinos recorrió el pueblo recogiendo firmas para echar a Antonio de la escuela, con el apoyo del cura, pero no así del alcalde. No lo consiguieron,

los padres sabían que era un buen maestro, que en el poco tiempo que llevaba con nosotros habíamos aprendido más que nunca”.

*Mientras las vacaciones de diciembre del año 35 nos reunimos unos cuantos, para poder, entre los reunidos, echar del pueblo al maestro. Pusimos una queja al inspector de enseñanza de Burgos, del mejor modo posible que acertamos; salimos por las calles para recoger firmas del pueblo, para mayor fuerza; habiendo muchos que se negaron a darla, aproximadamente la mitad, pedimos el sello del ayuntamiento, y se negaron a dárnosle, por si les podía venir una reprimenda, como mandaban las izquierdas.*

Mi madre ya está bastante tranquila, se le ha pasado el sofoco de la película y continúa narrando aquella historia con una precisión inimaginable. No concibo como puede rescatar de la memoria tantos detalles. Dice que ha visto en el cine cosas que no sucedieron, que el pueblo que sale no es su pueblo... (yo le recuerdo que es ficción, aunque se base en hechos reales, y algunos episodios estarán cambiados). Continúa el relato con una voz firme y segura.

“Un día llegó a la escuela con un aparato que no conocíamos: se llama gramófono, nos dijo, y sirve para escuchar música. Al poco tiempo salimos a la calle, era la hora del recreo, y se puso a sonar el aparato diabólico, como después lo llamaría el cura. Parecía otro truco de magia, como la imprenta, y nos juntó en parejas animándonos a bailar. Uno de esos días pasó por allí don Manuel, el párroco, y se escandalizó al vernos bailar riéndonos a carcajadas”.

*Durante las horas de clase, algunos días, distraía a los niños tocando el gramófono y les hacía bailar, también les tenía, varios días, más de una hora de recreo...*

“Antonio nunca iba a la iglesia, decía que respeta mucho a los que van, y pide el mismo respeto para aquellos que, como él, deciden no ir. Conmigo aprenderéis matemáticas, lengua, geografía..., en la escuela no daremos clase de religión, eso queda en el ámbito privado, serán vuestros padres quienes decidan lo que tenéis que hacer”.

*A los niños les decía que, si iba a la iglesia, en todo caso, sería para quemarla, de lo contrario no asomaba.*

“A comienzos de 1936 nos preguntó: ¿cuántos de vosotros conocéis el mar? Nadie levantó la mano, y varios niños dijimos a la vez: Antonio, ¿cómo es el mar?, en vez de contestar nos puso tarea: tenéis que escribir una redacción explicando cómo os imagináis el mar y, con vuestras

respuestas, agregó, haremos un cuaderno especial. Si me gusta lo que leo, este verano os llevaré a ver el mar”.

«El mar es muy ancho y profundo... El mar será de hondo como dos veces la veleta de la torre. Y tendrá dos metros de largura... El mar estará muy claro, porque si no es tontada que quieran bañarse... El mar será muy grande. Yo no lo sé porque no he estado allá. También será muy ancho y tampoco sé si es ancho o no lo es... Yo no he visto nunca el mar, el maestro dice que iremos allí a bañarnos... El mar es muy grande y para ir al otro pueblo hay que pasar en barco y me figuro que a veces estará más de una hora».<sup>2</sup>

“Con las redacciones hicimos un cuaderno que se tituló: *El mar: visión de unos niños que no lo han visto nunca*, y Antonio nos prometió llevarnos a conocer el mar”.

De nuevo se le quiebra la voz, viene la peor parte de esta historia y no sé si será capaz de llegar hasta el final.

Tras un pequeño respiro continúa hurgando en su memoria.

“No pudo cumplir su promesa. El 20 de julio de 1936, lo recuerdo bien porque era el día de mi décimo cumpleaños, llegaron al pueblo unos hombres uniformados, luego supe que eran falangistas, entraron en la escuela y arrasaron con todo lo que pillaron: libros, material escolar, la imprenta, trabajos de los niños, la colección de los cuadernos, la mesa del maestro... Con todo ello hicieron una hoguera, a la vez que exigían a los allí presentes cualquier cosa de la escuela que tuvieran en casa: los cuadernos de los niños, más libros, el diabólico gramófono... Yo lo vi todo desde una ventana de mi casa, el horror se quedó grabado en mi mente; el fuego cada vez era más grande, los gritos de esos hombres más aterradores. No consiguieron acabar con todo, algunos padres no hicieron caso a los pirómanos y guardaron los cuadernos de sus hijos en sus casas y así han podido llegar hasta nuestros días.

Antonio no acabó en la hoguera porque no estaba en el pueblo: ¿dónde está ese ateo? ¿dónde está el comunista?, gritaron. Alguien contestó: no vive aquí, se habrá ido de vacaciones a su tierra. Pero no se había ido, ¡ojalá!, se había refugiado, tras la sublevación militar, en la Casa del Pueblo de Briviesca. Allí fue detenido, junto a varios de sus compañeros, y comenzó su auténtico calvario. Fue golpeado, humillado, torturado casi hasta la muerte... Apenas le quedaba un hilo de vida cuando se lo llevaron de allí. No sabemos dónde, no sabemos nada, aquí desaparece su rastro.

---

<sup>2</sup> Frases literales de los cuadernos.

Por el pueblo corrió la noticia de que había sido asesinado. Unos días después se hablaba de su desaparición, algunos confirmaban su fusilamiento, junto a otros de la comarca. Pero nunca se vio su cuerpo, ni se sabe dónde está; nadie pudo llevar flores a su tumba y, a la vileza de su muerte, se añadió un entierro indigno y clandestino”.

Esto último que me cuenta mi madre lo supo bastante tiempo después. Como dice, algunos sabían lo sucedido, pero no se atrevían a hablar de ello. Con el paso de los años, de muchos años, pudimos reconstruir algo de lo ocurrido en aquellos nefastos días de julio.

Mi nombre es Antoni Benaiges Nogués, soy el maestro de Bañuelos de Bureba, un pueblecito de Burgos. El día 20 de julio me detuvieron. Estoy en el calabozo del cuartel junto a varios más. Casi no me quedan dientes, me han golpeado en cada rincón de mi cuerpo. Me han humillado, se han mofado de mí, se han reído con cada golpe que me daban. Ya me avisaron del peligro que corría, pero no hice caso, nunca imaginé el odio, la maldad de esta gente. En los cuatro días que llevo encerrado han ido pasando por estas celdas muchos compañeros, y ninguno ha vuelto. Sé cuál será mi final, me sacarán de aquí al amanecer, iré solo o con algún desgraciado como yo y estos que me han torturado, o algunos otros de la misma calaña, me matarán en un descampado, tirarán mi cuerpo a un hoyo y me darán por desaparecido, nunca más se sabrá de mí. Esta jauría enfurecida recorrerá los pueblos de España haciendo de redentores, limpiarán cada palmo de tierra de aquellos que no piensan como ellos, serán profetas ebrios de sangre y fuego, acabarán con los ateos, marxistas, con los rojos, como les gusta llamarnos; y con cada muerte ganarán un pedacito de cielo, de ese cielo en el que creen.

Ya no siento nada, solamente pienso en mi familia, ¿qué les dirán?

“Todo fue distinto en el nuevo curso de septiembre de 1936, continúa mi madre con sus recuerdos. A la inauguración se presentaron el alcalde, el cura y todos nuestros padres, invitados para la ocasión. Se colocó de nuevo el crucifijo, que había estado guardado en el ayuntamiento, y la nueva bandera. Hubo muchos rezos y cánticos patrióticos y, a continuación, don Vicente, el nuevo maestro, abrió esta nueva etapa”.

De esa nueva escuela me habló mi madre muchas veces. La mayoría de los días eran días perdidos, sin ninguna motivación. Volvieron los castigos físicos: *la letra con sangre entra...* y añoró durante muchísimo tiempo a su querido Antonio.

A principios de 1937 comenzaba uno de los episodios más deleznable del iniciado franquismo: la depuración de todo el magisterio (ahora soy yo quien hablo a mi madre del proceso de depuración de su maestro). Había que depurar a todos los maestros, había que apartar a todos aquellos que no fueran adeptos al Glorioso Movimiento Nacional. Se les acusaba de *haber inoculado en la sociedad el virus republicano*.

Antonio fue citado a declarar en febrero de 1937 y, aunque había sido asesinado, y lo sabían, pasó por todo el proceso de depuración hasta su *separación definitiva del magisterio el 19 de diciembre de 1939*.

El alcalde, el cura (en este caso faltó el informe de la Guardia Civil por ser un pueblo muy pequeño y carecer de cuartel) y tres padres de familia de buena reputación (declarados seguidores del nuevo régimen), informaron sobre Antonio siguiendo las pautas marcadas por las autoridades militares. Había que difamar al depurado incluyendo palabras sobre su conducta política y religiosa tales como: comunista, masón, ateo, marxista, anarquista, sindicalista, mala persona, elemento muy peligroso..., estos calificativos se pueden ver en muchos de los expedientes de depuración y, en el caso de nuestro maestro, se repiten en cada informe.

*Este maestro el día del inicio del movimiento fue sorprendido por las milicias de Falange Española en la casa del pueblo de Briviesca con varios más. De uso corriente usaba un jersey que tenía bordado la hoz y el martillo. Estaba organizando la casa del pueblo de Briviesca y de varios pueblos más del partido. Elemento muy peligroso, hacía propaganda de sus ideas comunistas, revolucionarias y antirreligiosas... Era indigno de la profesión que ostentaba, tanto de español como de ciudadano... Malo, malísimo, pésimo pues era contrario a las normas de nuestra ferviente religión... Está desaparecido, aunque alguno dice que ha sido fusilado.*

Nunca pudo defenderse de estas acusaciones, como ahora sabemos, su juicio sumarísimo consistió en un disparo en la cabeza. Antonio es uno de los cientos de maestros que fueron asesinados por las fuerzas sublevadas. Muchos de esos maestros compartían la religión de sus asesinos, pero su pensamiento liberal, y la educación laica que impartían, fue motivo suficiente para su eliminación.

Agarro las manos temblorosas de mi madre y miro sus ojos, aún enrojecidos, que me suplican: vamos a casa hijo, que estoy muy cansada.

***El memorialista***